

## Historias españolas

Es probable que sea Camilo José Cela el narrador español vivo sobre el que más se haya escrito. Sin unanimidad de criterios y opiniones, claro está. Porque lo que importa es constatar su importancia como centro de atención, como exponente de una sensibilidad difusa y cierta. Lo dicho no constituye, por sí solo, un juicio de valor. Pero sí irroga una cualidad representativa. Cela es, sin duda, uno de los escritores más representativos de esa larga —va ya para el medio siglo—, difícil, compleja y creadora etapa del vivir español que tiene su arranque, a todos los efectos, en nuestra guerra civil. Y me atrevería a decir más: Cela es no sólo un escritor, sino un hombre representativo, así como suena, de este inquieto período.

Cuando Cela publica *La familia de Pascual Duarte*, en 1942, la sociedad española padece todavía las terribles convulsiones de los ensayos revolucionarios y la contienda civil. La guerra grande —la iniciada a causa de la violación y defensa de las fronteras de Polonia—

\* El interés del último libro de Camilo José Cela, *Mazurca para dos muertos*, nos ha movido a solicitar de dos habituales firmas en esta revista: José María Alfaro y Francisco Ynduráin, un juicio acerca de la última producción de nuestro gran novelista. He aquí el resultado complementario de sus lecturas.

lame con sus fuegos y amenazas el contorno ibérico. Años de ansiedad y calamidades, persiguiendo la luz al final del camino. Cela deja caer su Pascual Duarte como quien no quiere la cosa. Pero el libro es una tea, con todas sus consecuencias incendiarias y fecundadoras. Un libro de juventud, breve, apretado, angustioso, de una dramática y comunicativa perfección, que abre las compuertas de las controversias y las exégesis.

Tanto da que se diga que si Valle-Inclán, que si Baroja; que si «esperpento», que si «tremendismo». Lo que para unos es la galvanización de la «España negra», para otros —más leídos— es la siembra del mito de lo antiheroico. Da igual. Casi todo lo que se dice del Pascual Duarte es cierto. Y muchas cosas más, que se callan o que se ignoran. La verdad es que detrás del libro está un escritor de cuerpo entero, que va a caracterizar y retintar las letras españolas, desde entonces hasta el hoy proceloso y titubeante ante el incierto futuro.

La riqueza bibliográfica de Cela es inmensa y varía no sólo en libros propios, sino en los referidos a su obra y figura. En estos días acabo de leer, verbigracia, un interesante estudio rotulado *Camilo José Cela y el lenguaje popular venezolano* sobre la base de su novela

*La catira*. Lo de menos., en este caso —y en otros muchos—, son las opiniones que en él se viertan. Lo que ahora importa es constatar la extensión y profundidad alcanzadas por sus obras en los climas y países más diversos.

Su gracia y maestría para contar se emplean en los temas más distintos y en los géneros más diferentes. *Viaje a la Alcarria* es un fascinante modelo en el ámbito de los libros de viajes. En sus páginas se da bastante más de lo que aparentemente se ofrece. Paisaje y sociología, desparpajo verbal y popularis-mo psicológico, casticismo e innovación en los modos de ver y de expresarse. Y, sobre todo, comunicabilidad. El narrador nato y garboso hace acto de presencia por cada rincón, por cada horizonte. Al filo de la anécdota pintoresca, en la pincelada para cerrar un panorama, en la observación analítica o descriptiva.

Cela recorre el mundo, España especialmente, para contárnoslo. Le gusta zanquear, encararse con las gentes, hacer saltar chispas de las personas y las cosas. Pero, a la vez, le apasiona ensayar, tantear, experimentar. *La colmena*, sin ir más lejos, es una espléndida y complejísima novela en la que las técnicas del denominado «unanimismo» se ejercitan frente al cuadro conturbado y nervioso de la postguerra madrileña. Señalarle como fuente de inspiración al *Manhattan Transfer* no era, como soñaron sus adversarios, una nube de flechas envenenadas en el corazón. ¿O es que hay alguien que piense que la novela sigue siendo igual que antes de escribir las suyas Kafka, James Joyce y John Dos Passos? O que por estas tierras de celtíberos, ¿no hay siempre un grupo de enanos ansiosos de colgar de los árboles a los mejores y tirar, a continuación, de sus pies entre amarillos espasmos y voluptuosidades?

La narrativa de Cela es una caja de sorpresas permanente, más allá de la

fidelidad a sí mismo mantenida sin bajar la guardia ni por un instante. *Oficio de tinieblas* —hace ya un decenio— fue la prueba de su lozanía y frescura inmarchitables. Una confirmación de su capacidad de absorber cuanto fenómeno real —con una realidad estética, social y modernizadora— cruce ante sus ojos o aguce su sensibilidad, por muy imperceptible que parezca el batir de sus alas.

Con *Mazurca para dos muertos* nos situamos ante otro capítulo singular de la gran aventura de Cela. El relato —en contra de lo que se haya podido decir— está escrito sin tapujos. Acaso con reticencias, con trasfondos que no se ofrecen a la primera ojeada, pero con una sinceridad atroz. (¡Qué imantación poseen los vocablos atroz, atrocidad..., asaltadores inmediatos de nuestras asociaciones de ideas apenas nos planteamos una aproximación a Cela y sus obras!)

*Mazurca para dos muertos* es una novela construida con una estricta severidad, sin fugas ni abandonos. Su estructura concéntrica y recurrente no permite flecos ni abandonos. Las cosas —y los seres— son como son. Se debaten ante la historia. Mejor dicho, dentro de la historia, intentando actuar sobre ella o evadirse de sus torrenteras y despeñamientos. Pero el hombre vive en la historia y no puede escapar de su curso, aunque se repliegue a la más increíble y distante Tebaida. El hombre asume la historia —aquí sí adquiere el verbo asumir su recto sentido—, porque es el único modo que posee de atravesar el tiempo con conciencia de la realidad. Cela conoce a la perfección esas verdades. Y nos las explica con el recurso a la poesía, quizá el único medio de hacerse entender sin apelar a los mecanismos intelectualizados de la abstracción. Por eso comienza su *Mazurca...* con el siguiente párrafo, no sólo descriptivo de un paisaje, de un escenario, sino enun-

dativo de una situación real y trascendente: «Llueve mansamente y sin parar, llueve sin ganas pero con una infinita paciencia, como toda la vida, llueve sobre la tierra que es del mismo color del cielo, entre blando verde y blando gris ceniciento y la raya del monte lleva mucho tiempo borrada.»

La acción da comienzo seguidamente, apoyada en el cuándo se borró «la raya del monte». Cela opera sobre su memoria. Pero ¡ojo! con equivocarse. La memoria de Cela no es biográfica, por decirlo de alguna manera sencilla, sino histórica. Por ello toda su narrativa cumple la función épica, esencial para la realización y vida subsiguientes de una legítima e incontestable novela. Su naturaleza histórica, por encima de interpretaciones parciales o premeditadas, es lo que la convierte en fidedigna, la dota de verosimilitud, aunque esta verosimilitud nos sea dada con la intervención de elementos poéticos indubitables.

Y antes de proseguir con estas reflexiones, una aclaración, probablemente innecesaria para muchos lectores, pero inexcusable para salir al paso de equívocos y ambigüedades: al referirme a la «naturaleza histórica» de la narrativa de Cela no cabe confusión alguna con la que se denominó «novela histórica», que alcanzaría su perfección y consagración por obra y gracia —que aquí la frase hecha se justifica plenamente— del genio, a la par preciso y brumoso, de Walter Scott.

Cela no se propone, en ningún caso, reconstruir unos trozos de realidad acaecida sobre bases y efluvios más o menos nostálgicos. Al servirse de algo parecido a lo que Miguel de Unamuno titulaba la «intrahistoria», lo que hace es diagramar algunos sentidos y direcciones de la historia grande, la de todos, contemplados desde la vertiente y la médula españolas.

Aunque no guste a muchos la versión que pueda darnos de su entendimiento

de España, lo evidente es que para su realización parte de un discernimiento y una sensibilidad medularmente españoles. Cela es un español integral, con su cara y cruz, lanzado al inquietante y estremecedor torrente de la historia. Un escritor español —más concretamente—, sacudido por vientos de los mismos cuadrantes que los que azotaron, en el rostro y en las entrañas, al Arcipreste, a Fernando de Rojas, a Cervantes, a Quevedo, a Torres Villaroel... El trasluz y la reverberación de lo español campea a lo largo del moroso y orbital transcurso de *Mazurca para dos muertos*.

Pese a la localización, incluso en el tratamiento verbal, en tierras de Galicia, el relato se mantiene distanciado de las radicalidades folklóricas. Cuando asoma el costumbrismo, éste semeja un catalizador que ponga a punto de fermentación los elementos dispersos de la tragedia. Cela disfruta recalando los hechos, reseñando el contraste de las cosas, sellando los acontecimientos con el sarcasmo, con la patética inserción de lo grotesco en el drama cotidiano, muy en la tradición que corre modernamente de Goya a Valle-Inclán y Solana, como hitos culminantes.

Cela es un escritor que nunca defrauda. En primer término, por la intrínseca fidelidad a sí mismo, reflejo de su personalidad estallante y alerta. Sus objetivos permanecen claros en el enriquecido horizonte de su obra. Jamás deja caer sus temas, sus preocupaciones, sus designios. Así, por ejemplo, y sin llegar a la configuración del antecedente, en su novela *San Camilo, 1936* se prefiguran situaciones y procedimientos que, con cambiantes enfoques y matizaciones, van a desenvolverse entre los fuegos concentrados de esta *Mazurca*...

A Cela le gusta contar. Es un narrador nato, cuyo secreto se ampara en la sabia y sorprendente administración del lenguaje. Adora la palabra —no a la ma-

ñera de un Hallarme, naturalmente—, empleándose en ella con audacias y emociones propias de un explorador, entrecruzadas con las de un alquimista a quien se le obsequiara con un modernísimo laboratorio, provisto del más reciente instrumental electrónico. La palabra adquiere en la escritura del original autor del *Diccionario secreto* inesperadas fulguraciones. Su manejo, no su manipulación, consigue arrancar del mismo vocablo, casi sin distanciamientos ni cambios de nivel, tanto un bárbaro e hiriente dardeo como una sutil y susurrada modulación lírica. En fin, ahí está

*Mazurca para dos muertos*, plantada frente a las tempestades, como corresponde a una novela tempestuosa. No más agitada y borrascosa que las demás de Cela, pero dotada de una —por decirlo así— rítmica potencia deflagrante. Procedente, con seguridad, de su cadenciosa y como rimada en ocasiones, interpretación de la idea del tiempo. Idea que nos introduce en la inevitable inserción del hombre en «la pesadilla de la historia» y de la trágica y burlona comprensión de la condición humana.

J. M. A. \*

\* Embajador de España.